

Aportes para pensar la psicología que está pensando en Ayotzinapa: muerte, memoria y olvido

Contributions to think the psychology that is thinking Ayotzinapa: death, memory and forgetting

Leonardo Moncada Sánchez

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México)

Resumen

En la primera parte del texto se describen los mecanismos discursivos usados en la historia reciente del país para, a través del recurso a la psicologización de acontecimientos traumáticos, desmovilizar a quienes se rebelan contra el régimen actual, olvidando sus demandas, sus agravios y a sus muertos. En la segunda, a partir de lo desarrollado, se reflexiona sobre el fondo de ese olvido de los muertos a través de la noción de *horror a la aniquilación*, así como, en relación a dicha noción, se enfatiza la importancia de una memoria de los muertos, que sería a la vez memoria histórica y reconocimiento del propio ser de quienes realizan ese ejercicio de memoria.

Palabras clave: Ayotzinapa, memoria, muerte, olvido, psicología

Abstract

In the first part of the text there are described the discursive mechanisms used in the recent history of the country for, through the use of psychologisation of traumatic events, demobilize those who rebel against the current regime, forgetting their demands, their grievances and their dead. In the second, from the developed, we reflect about the bottom of this forgetting of the dead through the notion of *horror of annihilation*, as well as, related to that notion, there is emphasized the importance of a memory of the dead, that would be simultaneously historical memory and recognition of the own being of those engaged in this exercise of memory.

Keywords: Ayotzinapa, memory, death, forgetting, psychology

I

Quizá más que pensar Ayotzinapa desde la psicología, debemos preguntarnos primero por la psicología que está intentando pensar Ayotzinapa, y denunciarla. Esa psicología que intenta pensar por los demás, por nosotros, a pesar de que ella, olvidada de sí, tampoco piensa por sí misma: responde a intereses –el término es amarillista, pero preciso– inconfesables. No necesariamente se trata aquí de la psicología estatuida en una configuración académica o institucional, sino de su extensión ideológica en la conciencia social. De la psicología a la que sistemáticamente –con ello quiero decir dos cosas: de modo constante, pero también que responde a una lógica que está organizada como sistema– han recurrido personajes que ocupan posiciones de poder importantes en México.

Haciendo un recuento somero, no exhaustivo, en la historia reciente, encontramos cómo la criminal empresa minera Grupo México decidió contratar a un grupo de psicólogos, para que los deudos de los mineros muertos y desaparecidos en un accidente producto de las brutales condiciones de trabajo existentes en sus minas “superaran el trauma y vieran para adelante”. La intención, por supuesto, era llevarlos a través de un proceso “terapéutico” a olvidarse de sus demandas de justicia. En los años más recientes, el descubrimiento de flagrantes casos de corrupción y conflictos de interés que han llegado hasta el mismo presidente del país, una economía postrada, con índices de pobreza y desempleo alarmantes; la inseguridad extendida por todo el territorio nacional; y especialmente el asesinato y desaparición de decenas de estudiantes de la Escuela Normal Rural “Raúl Isidro Burgos” de Ayotzinapa, han propiciado el surgimiento de distintas manifestaciones masivas de irritación. Como contraparte se han disparado, como respuesta ideológica, una serie de mecanismos asentados en el saber y en la técnica psicológica dominantes: además del recurso a la represión encubierta y abierta, nunca antes en México se había recurrido con tal empeño y descaro, en el discurso y en la práctica, a la psicología hegemónica, al saber de la disciplina psicológica, lo que es decir a la psicología como disciplina, como forma disciplinaria, por parte de los grupos en el poder, para intentar desmovilizar a una ciudadanía que, furiosa, se ha manifestado por millones, demostrando así la psicología su compromiso con el sistema capitalista, así como el papel ideológico que cumple dentro del mismo: desde la puesta en marcha de categorizaciones patologizantes de aquellos que se manifiestan y protestan, hasta la proliferación de discursos “propositivos” y “bienintencionados” que buscan la desmovilización y también el olvido de las constantes agresiones, de los asesinatos, de las desapariciones (“hay que mejorar como individuos, cada quien debe poner su grano de arena, el cambio está en uno, en lugar de protestar mejor debemos trabajar, debemos superar el trauma, ver hacia

adelante, pensar positivamente, un grupo de inadaptados no representa la voz de todos los mexicanos”, etc.). Tenemos, como último ejemplo, las muy recientes declaraciones del expresidente de la república Vicente Fox, en un sentido semejante, conminando a los padres de los normalistas muertos y desaparecidos a superar el trauma, abogando de paso por la imposición de cierto principio de realidad: “no pueden vivir eternamente con ese problema en su cabeza, la vida sigue adelante. Qué bueno que quieren tanto a sus hijos, qué bueno que los extrañen y los lloren tanto, *pero ya tienen que aceptar la realidad. El país tiene que seguir caminando, y ellos también con el resto de su familia*”. No tiene desperdicio, como pueden ver, para su análisis, esta declaración. Ya sabemos lo que Wilhelm Reich en primer lugar señalaba sobre el principio de realidad: principio interesado, relativo, “engendrado por la sociedad autoritaria” (Reich, 1936, p. 29), sirviendo a sus fines. Principio de realidad, sí, pero no cualquiera: de la realidad de aquello que permite la subsistencia del sistema capitalista, manteniéndolo en movimiento. De ahí la preocupación de los que hablan por el régimen: esa “falta de movimiento”, o en términos más precisos ese movimiento de los padres, y de las viudas y huérfanos, y de quienes solidariamente los siguen, ese caminar autónomo, liberado, a contracorriente de la inercia de la maquinaria es lo que puede llevar a parar el país, lo que es decir a parar el funcionamiento corrupto e injusto del sistema, que sirve para el enriquecimiento de una élite. Debemos afinar bien la escucha antes todas esas palabras tan llenas de psicología: a eso es a lo que le temen, a la parálisis de la maquinaria de trabajo y explotación. Es entonces para eso para lo que debemos organizarnos: movernos, no parar, para que la máquina pare. Por ello es grato, hasta cierto punto esperanzador ver cómo al mismo tiempo hay en el país una recusación amplia y contundente de tales dispositivos y discursividades, viéndolos con inédita sospecha, reconociendo el auténtico papel de una psicología generalmente comprometida con lo peor: como si en este momento de crisis profunda la tensión dialéctica entre las partes en conflicto permitiera agudizar el carácter ideológico y normativo de la psicología y, al mismo tiempo, por ello, revelar su faz verdadera.

Sin embargo los poderes en turno no se contentan sólo con movilizar esa maquinaria discursiva impregnada de psicología: se han desenmascarado desde hace tiempo. Ya no disimulan, ya no hacen cálculos antes de realizar algún movimiento. Sólo parecen ver por sus intereses, con todo el cinismo del mundo. Van a por todas, cueste lo que cueste, dispuestos a asumir las pérdidas en términos de percepción, de confianza de la ciudadanía. No están dispuestos a sacrificar nada: lo vimos en los modos en los que han llegado al poder, las maneras a través de las cuales formalmente lo han tomado (y no me refiero sólo a este gobierno, sino que me remonto, cuando menos, a 1988: lo que estamos pagando tiene en buena medida su origen ahí, en lo que en ese momento dejamos

de hacer, y nos dejamos hacer). Lo vemos también en el avasallamiento absoluto de toda oposición y de la voluntad mayoritaria de la ciudadanía para la realización de las llamadas reformas estructurales, la laboral, la educativa, la energética, recientemente en la que pretendería privatizar el manejo y consumo del agua. En los modos omisos o de plano represivos de tramitar justos reclamos sociales, manifestaciones que buscan se haga una justicia más que merecida. En cómo se sostienen funcionarios y gobernantes insostenibles, así sea con alfileres, a pesar de los escándalos que los rodean. En cómo se esgrimen discursividades delirantes, a contracorriente de los cuestionamientos que se hacen tanto dentro como fuera del país. En cómo se acallan impudicamente voces críticas con el sistema, tal y como pudimos ver en los últimos días. Todo esto es indudablemente un rasgo característico de las tiranías. Este autoritarismo absoluto y sin límites da cuenta de la dimensión que cobra ahora el conflicto: ya no hay disfraz ni ocultamiento. Parece ser un trance de todo o nada. Y los que nos quedaremos con nada, si no hacemos algo, seremos por supuesto nosotros.

Algunos medios, comenzando por uno extranjero, han jugado con la idea de que el gobierno actual “no se da cuenta de que no se da cuenta”: actuarían inocentemente, sin percatarse del peligro y gravedad de sus acciones. Una frase como esta puede endulzarle el oído a los psicoanalistas, y motivar los consabidos juegos de palabras a los que son tan afectos: entre esta fórmula y la del inconsciente como un saber que no se sabe no parece haber mucha distancia. Sin embargo no me parece que sea ese el caso, no por lo menos en el nivel de la estrategia política consciente de quienes gobiernan –otra cosa es que, efectivamente, ellos tampoco sepan con claridad el lugar que ocupan en la estructura, su carácter de intermediarios, de actores en una lógica fría que los trasciende–: por el contrario, parece imponerse la impresión de que están echando todas las castañas al fuego, quemando las velas. Como sea, cualquiera de las dos opciones representa un momento de peligro y crisis para la sociedad mexicana.

II

Luego de Ayotzinapa –luego ya de tantos acontecimientos semejantes, varios de los cuales se pierden en pequeñas tragedias de las que, si acaso, sabemos algo por la nota roja–, parece imponerse un imperativo aún más complicado que el de pensar la psicología que piensa en Ayotzinapa por nosotros: el de *pensar lo impensable de la muerte* –imposible constatado por la imposibilidad de soñar la muerte como tal.

En ese mismo sentido Horkheimer y Adorno (1969), en su *Dialéctica de la Ilustración*, elaborando una “Contribución a la teoría de los espectros”, señalan que “la conciencia no se adapta a pensar la muerte como la nada absoluta; la nada absoluta es impensable” (p. 257). Ese impensable puede convertirse en una losa, si no establecemos para empezar una relación justa con los muertos. ¿Cómo? A través del *horror a la aniquilación*. La posibilidad de la aniquilación es, en los hechos, casi una certeza en esta sociedad; sin embargo el horror queda siempre desplazado, olvidado, disimulado, justificado, sublimado –basta apreciar lo que nuestra sociedad hace con él: es capaz de afrontarlo en el cine y la literatura, en las noticias, siempre como lo que le sucede al otro, pero no ve cómo la posibilidad de la aniquilación le sopla en la nuca todos los días. No obstante esa es una tarea obligada en tiempos aciagos como estos, como todos. Una tarea que le concierne por supuesto al psicoanálisis, y que debería concernirle a una psicología capaz de marcar distancia consigo misma, de desprenderse de la ideología que la parasita, porque, como dicen los mismos Horkheimer y Adorno (idem), “sólo el horror a la aniquilación, hecho enteramente consciente, establece la relación justa con los muertos: la unidad con ellos, dado que nosotros somos, como ellos, víctimas de las mismas condiciones y de la misma desilusionada esperanza”. Nosotros, que no sabemos, que no queremos saber nada de ese imposible: que somos, como ellos, víctimas en este valle de lágrimas.

Leonard Cohen, en los prólogos a una de sus canciones más conocidas (1979-1988), dice que hay una vieja tradición según la cual un día del año el Libro de la Vida debe abrirse para inscribir a todos los que han nacido y a todos los que han muerto, y se extiende hasta el punto de incluir los distintos medios de extinción y *eliminación* en este valle de lágrimas. Es una larga lista tétrica que empieza así: “¿Quién por el fuego? ¿Quién por el agua?”.

La canción dice lo siguiente (Cohen, 1974):

Quién morirá por el fuego, quién por el agua
 Quién a la luz del sol, quién durante la noche
 Quién por santo martirio, quién, por juicio ordinario
 Quién, en tu tan alegre mes de mayo, quién tras una lenta
 decadencia
 Quién, en solitaria caída, quién, por barbitúricos
 Quién, en estos reinos del amor, quién, con algo sin filo
 Quién, bajo una avalancha, quién, en el polvo
 Quién, por su codicia, quién, por hambre
 Quién, por una decisión valiente, quién, por accidente

Quién, en soledad, quién frente a este espejo

Quién por orden de su mujer, quién por su propia mano

Quién, todavía encadenado, quién, en el poder¹

Esa prolijidad puede parecer obscena, y dar la impresión de que, finalmente, la muerte nos iguala a todos. Eso es cierto, por supuesto, pero desde la perspectiva imposible del muerto. Desde la nuestra, que estamos aquí en “este valle de lágrimas”, como dice Cohen, no es así: le debemos justicia a nuestros muertos –que es al mismo tiempo justicia para los vivos–, especialmente a quienes fueron aniquilados y exterminados de forma injusta, justicia que sólo podemos alcanzar a través de la consciencia de ese horror a la aniquilación del que hablan Horkheimer y Adorno, y que implica evidentemente un ejercicio de memoria. Como en esa vieja tradición en la que se inspiró Cohen para su poesía, como en ese Libro de la Vida, debemos repasar exhaustivamente a nuestros muertos, una y otra vez, más de una vez al año.

En este sentido lo acontecido a los estudiantes en Ayotzinapa es un hecho más, pero que no debe perder su especificidad en la sumatoria ahora incontable de atrocidades que los mexicanos hemos sufrido, y que ciertamente no debemos olvidar. No olvidarlos, lo que quiere decir también no olvidarnos de la historia: “se reprime la historia en uno mismo y en los demás por temor a que pueda recordar el desastre de la propia existencia, que consiste a su vez, en gran parte, en la represión de la historia”, dicen los mismos Horkheimer y Adorno (1969, p. 258).

Hemos reprimido la historia, la del desastre de nuestra existencia, como individuos y como sociedad, y ahí están las consecuencias: una atrocidad como la cometida contra los normalistas de Ayotzinapa no podría haber tenido lugar sin la participación activa o pasiva del resto de la sociedad –sin nuestro olvido. Muchos hemos hecho eco, o hemos dejado pasar las estrategias de criminalización de movimientos como el estudiantil, el normalista, que, a través de los medios de comunicación y de las redes sociales, han preparado el camino para que ahora sujetos con poder, con recursos y con la soberbia que sólo puede ser resultado de la impunidad, se permitan eliminar, con una crueldad inaudita además, a quienes ya habían sufrido un previo borramiento en distintos órdenes, siendo puestos en calidad de prescindibles; un sector que, no olvidemos, está conformado por vidas que buscaban reivindicar una dignidad que se le ha escatimado sistemáticamente a ellas, pero de la que todos, aun cuando no nos percatemos, estamos también en falta –y todo esto quiere

¹ Traducción del autor de “Who by Fire”, de Leonard Cohen.

decir, también, que le hemos abierto las puertas a esa psicología interesada, vestida siempre con el disfraz de las buenas intenciones.

Ayotzinapa, como el 2 de octubre de 1968, y como desgraciadamente otras tantas fechas en nuestro triste pasado, tampoco debe olvidarse. Y, en algún momento, que parece cada vez más lejano, debiera terminar la larga serie de acontecimientos que hacen nuestro ejercicio de memoria histórica, colectiva, algo tan doloroso que resulta a veces imposible lidiar con ello. Son tantas las afrentas, son tan crueles, tan salvajes, que el olvido aparece como un bálsamo, como una tentación a la que uno ya no sabe si el rehusarse siga siendo un acto de sensatez. Algunos se burlan de quienes, año con año, repiten que “el 2 de octubre no se olvida”. Es verdad: con el tiempo la frase se ha desgastado, su expresión se ha convertido en un ejercicio maquinal, muchas veces ha sido pronunciada como fórmula vacía. Pero ahora vemos las consecuencias de ese olvido: lo que se deja de lado, lo que se reprime, lo que se intenta suprimir, vuelve de nuevo bajo su forma traumática, insistente. Se repite. Estamos pagando las consecuencias de ese olvido, pagando por no conservar nuestros votos, nuestra promesa de no olvidar. O, para ser más precisos: nuestros jóvenes, hijos, hermanos, amigos, nuestros compañeros, los estudiantes, ejemplo siempre vergonzante para los adultos, ejemplo de principios, de lucha, de espíritu crítico que no claudica, han derramado de nuevo su sangre por una sociedad cobarde que incluso los denuesta, los insulta, agrede y criminaliza. Pero también están esos otros jóvenes, esos otros olvidados, quizá los más, los que no tienen la oportunidad de estudiar, a quienes se las quitaron, o nunca se las dieron, y por ello se enrolan en las filas del crimen organizado. Ellos también están muriendo, todos los días, por cientos, por miles, y están pagando con su sangre el olvido al que los hemos condenado, condenándonos a nosotros mismos como sociedad, sin saberlo, o sin querer saber.

¿Por qué nosotros olvidamos a nuestros muertos? Por vergüenza. Porque nos recuerdan nuestra responsabilidad, y porque así acallamos la culpa que nos acecha. También, por miedo a identificarnos a ellos, tan distintos y tan iguales. Por el temor a vernos en los espejos que nos ofrecen por un lado Leonard Cohen, en su repaso de las incontables formas de morir, algunas, pocas, más dignas que otras, y por el otro Horkheimer y Adorno, sentenciando su “Contribución a una teoría de los espectros”: “En realidad se inflige a los muertos aquello que para los antiguos judíos era la maldición más tremenda: nadie se acordará de ti. Los hombres desahogan sobre los muertos su desesperación por no acordarse ni siquiera de sí mismos” (Horkheimer y Adorno, 1969, p. 258).

Cierro, aquí, no con una aseveración, sino con una pregunta: ¿Qué tan desesperada está entonces nuestra sociedad, y qué tanto lo está una psicología que sirve para olvidar, olvidada entonces también de sí?

Referencias

- Cohen, L. (1974). *Who by Fire*. New York: Columbia, 1974.
- Horkheimer, M., Adorno, T. (1969). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta, 1998.
- Leonard Cohen in his own live words. (1998-2009). *Who by fire* (1979-1988). Recuperado el 19 de marzo 2015 de http://www.leonardcohen-prologues.com/who_by_fire.htm
- Reich, W. (1936). *La revolución sexual*. México: Ediciones Roca, 1973.
-

Fecha de recepción: 20 de marzo 2015

Fecha de aceptación: 27 de marzo 2015